

SERMON DÉCIMOCTAVO.

De las causas de la certidumbre sobreracional ó mística, producida en el espíritu por la doctrina católica.

Quiero hoy investigar las causas de la certidumbre sobreracional ó mística, producida en el espíritu por la doctrina católica, y resolver los argumentos que le son opuestos, como he resuelto los que se presentan en contra de la certidumbre racional.

Fenómeno quiere decir aparición; y los hombres, á pesar de su orgullo, han adoptado esta palabra para explicar lo que se presenta á sus ojos interiores y exteriores, convencidos de que son como fantasmas que se mueven en un teatro, teniendo tras de ellos una fuerza que los empuja y los saca á la escena. Y en efecto, lo que empieza y lo que acaba, lo que entra y lo que sale, es bien claro que no es cosa que subsiste por sí misma, sino una realidad pasajera que esconde detrás de sí una realidad profunda. Por eso donde quiera que el hombre ha visto un fenómeno, ha deducido que existe una causa, de modo que es un axioma del espíritu humano que no hay fenómeno sin causa. Y puesto que existe una certidumbre mística, que he definido diciendo que es una convicción iliterata, transluminosa y que excluye la duda, existe necesariamente una causa de esta certidumbre. Ahora bien, según otro axioma del espíritu humano, todo fenómeno está en proporción con su causa, es decir, que las propiedades contenidas en el fenómeno se hallan contenidas en la causa de un modo cualquiera; porque si la causa no contuviese las propiedades del fenómeno, aunque tal vez en un grado más eminente, no hubiera podido producirlo; la causa es el poder productor del fenómeno; y por consiguiente, puesto que hay una certidumbre mística, existe en el mundo un poder místico, y sabremos lo que es este poder místico observando de nuevo el fenómeno de la certidumbre mística.

La certidumbre mística, decimos, es una convicción iliterata; luego el poder místico es un poder capaz de producir la convicción sin el auxilio del raciocinio y de la ciencia. Y como esta convicción

iliterata excluye la duda, es decir, llega al más alto grado de una convicción, se deduce que el poder místico que la produce es capaz de dar, sin literatura, sin ciencia, sin raciocinio, sin abrir la boca, y permaneciendo mudo, una convicción, en su más alto grado. Por último, como esta convicción es transluminosa, como ya lo he demostrado, es forzoso que el poder místico sea capaz de dar, sin el socorro de la literatura, del raciocinio y de la ciencia, una luz que supere la luz de la literatura, del raciocinio y de la ciencia. Esto lo tenemos adquirido, ó bien habréis de negar el fenómeno de la certidumbre mística; pero si adoptais este fenómeno de una convicción que no emana del raciocinio, de la literatura, ni de la ciencia, preciso será que emane de alguna parte. Yo os pediré explicación de esto, y si no admitís el poder místico, tal como la doctrina católica lo establece, será necesario que admitais otro que produzca los mismos efectos, lo cual equivaldrá á lo mismo.

Pero ¿qué quiere decir esto? ¿Es posible la existencia de una luz que llega á nuestro espíritu sin el auxilio de la literatura, de la ciencia y del raciocinio? ¿Lo concebimos nosotros? Aun cuando no lo concibiéramos, yo no me inquietaría por eso un solo instante, y seguiría diciendo que existe en el mundo, con relación á la doctrina católica, una convicción iliterata, transluminosa y que excluye la duda; luego hay una causa que tiene propiedades semejantes, y ejerce su acción sobre el espíritu del hombre.

¿Creeis, en efecto, que Dios vea las cosas como nosotros las vemos? ¿Creeis que él, que es la luz sustancial y total, procede como nosotros por una vía puramente racional, que establece principios y deduce de ellos consecuencias, y que luego se remonta de las consecuencias á sus principios, lo cual forma eso que llamamos la luz inteligible, la luz racional, la luz lógica, la luz natural, la luz filosófica, puesto que el hombre importa poco? No: Dios con una mirada sencilla lo ve todo, lo conoce todo, á sí mismo y á cuanto de él se deriva; y cuando desde el fondo de su eterna morada, contempla á lo lejos lo que sucederá un día después de muchos siglos, sus ojos no se inmutan, ni se mueve su pestaña más poderosa que la del Júpiter de Homero; sigue la sucesión y vicisitud de las cosas creadas con una mirada inmutable.

De esta luz sobreracional, sobreinteligible, porque es necesario crear palabras para explicar estas ideas, y además realmente yo no las invento; de esta luz, que es la de Dios, ¿por qué no hemos de participar nosotros hasta cierto punto? ¿Por qué Dios, que ha hecho

al hombre capaz de ver por los principios y por las consecuencias, no ha de poder comunicar, para ciertos objetos y con un grande fin, cierto grado de su luz propia? ¿Por qué el hombre, que tiene el poder racional de la deducción y de la inducción, no ha de tener el poder de la intuición? Este poder le teneis, Señores, para muchas cosas bien inferiores á las que estudiamos. La intuición, esa vista interior, aparte de los principios y de las consecuencias, es la fuerza misma del entendimiento humano. ¿Quereis que se os presenten algunos ejemplos?

Todos vosotros conoceis los presentimientos; poco importa que los adopteis ó no los adopteis, puesto que es un hecho histórico; si no los habeis tenido, espero que los tendréis algun día. ¿Y qué es un presentimiento? Os hallais solo en vuestra casa, se apodera de vuestra alma la tristeza, y os preguntais la causa: os contemplais, y sois el mismo que érais antes: vuestros negocios se encuentran en buen estado, estais contento con vos mismo, lo cual es fácil en extremo, y sin embargo os sentís triste. A los pocos días de esto averiguais que en aquella hora de tristeza sin causa aparente, fuísteis privado de un amigo, de un deudo cercano. ¿Y cómo lo habeis sabido? No por la via de los principios y de las consecuencias, por inducciones y deducciones; lo habeis sabido por una intuición sorda é inexplicable, por una luz superior á la luz lógica.

Encontrais á alguno por la vez primera, no sabeis su vida, su origen, su estirpe, lo que ha hecho de bueno ó de malo, le mirais como Jesucristo miró al hombre del Evangelio, del cual está escrito: *Habiéndole mirado, le amó* (1). Os conmueve el alma retratada en aquella fisonomía, le amais, y una intuición simpática establece entre vosotros, en un solo instante, lo que la lógica no hubiera podido establecer en años enteros.

¡Y las batallas, y el genio militar! Cuando un general tiene doscientos mil hombres detrás de sí y doscientos mil delante, en medio del humo, á través de aquellas masas que avanzan y se cruzan, cuando no recibe ya mas que comunicaciones medio rotas por la muerte de aquellos á quienes aguarda, siente de pronto, como dice Bossuet en la oración fúnebre del príncipe de Condé, una iluminación repentina, tiene una intuición, da la orden postrera y descansa, seguro de que todo está terminado.

Sois hombre de arte, quereis crear sobre un lienzo; ¿iréis á

(1) S. Marcos, cap. 10, vers. 21.

tomar instrumentos de matemáticas para agrupar vuestros personajes, y comunicarles la vida de la verdad? Lo podeis, pero no lo haréis, so pena de no crear mas que una obra mecánica, un cadáver, porque en lugar de ver, habríais calculado.

Escribís: quereis hablar del infierno, y decís como Bossuet: « ¡ Allí principia ese llanto eterno! » Cometeis un barbarismo, pero barbarismo que todo oído francés entiende y admira. La gramática está contra vosotros; pero, como hombre de genio, habeis mirado, la lengua se ha movido con vuestra mirada y os ha abierto sus entrañas; ha brotado de ellas una palabra divina, porque toda intuición es divina; cae del trono de aquel que lo ve todo, sin que nunca combine nada.

Si así acontece en el orden natural respecto de toda especie de genio y de descubrimientos; si todo lo que es grande sobre la tierra se encuentra, como Cristóbal Colon encontró el Nuevo Mundo por la fuerza de la intuición, juzgad lo que debe acontecer cuando se trata del orden eterno, de las riberas sin riberas, del mundo verdadero; cuando se trata, en fin, de navegar hácia Dios. ¿No nos habrá dado Dios para esa grande obra de la vida una intuición divina que proceda sin composición ni descomposición? Entre la luz racional y la luz mística existe la diferencia de la luz que se descompone en el prisma, de otra luz mas pura que no se descompusiera.

Concluyamos pues de nuevo, que puesto que existe una certidumbre mística, es decir, una convicción iliterata, transluminosa, y que excluye la duda, existe tambien necesariamente un poder ó luz mística, capaz de producir esta convicción.

Pero, Señores, este poder místico aun no podría explicar por sí solo el fenómeno de la certidumbre mística, porque no basta que un poder exista para producir su efecto; es necesario que se ponga en relacion con el sér en quien debe producirle, y no puede ponerse en relacion con él, si no encuentra en ese sér algo de analogía. Hablo á un animal, y no me entiende; ¿qué es lo que le falta? A la palabra nada, pues dicha al hombre ó al animal, es siempre la misma. ¿Cómo, pues, el animal no la entiende? Consiste en que le falta un órgano interior correspondiente á la palabra; consiste en que no hay organismo racional. Para que haya una certidumbre mística, es necesario que haya no solo una luz mística, sino tambien que haya en el hombre un organismo místico, un organismo que se conmueva por la luz mística; de otro modo, esta luz descenderia en vano sobre nosotros. Luego lógicamente existe no solo una luz

mística, sino un organismo místico, susceptible de una intuición divina; y el hombre, como dijo Aristóteles, es un animal religioso.

El hombre es un animal religioso, porque tiene un organismo religioso ó místico; así como es un animal racional, porque tiene un organismo racional, y es un animal en toda la realidad de esta palabra, porque tiene un organismo físico. Así, cuando os cojo la mano y teneis la benevolencia de corresponderme, me dirijo á vuestro organismo físico: cuando hago un raciocinio que esclarece vuestro entendimiento, me dirijo á vuestro organismo racional; pero cuando os digo: Hombre, entra en tí mismo, contempla tu vida, póstrate y confiesa tus pecados, me dirijo á vuestro organismo místico. Esta frase es absurda para vuestro organismo físico y hasta para vuestro organismo racional, pero va en derechura á vuestro organismo místico, y por eso os confesais; pues de otro modo, aun cuando se hundiera el cielo y la tierra, no os postraríais de otro hombre para confesar vuestras culpas.

El hombre es, pues, un animal religioso, un animal místico; y cuando resiste á la religion, cuando llega á no ser conmovido por ella, ¿diremos que está mal organizado física ó racionalmente? Nada de eso; pero su organizacion mística es débil ó desnaturalizada; él la ha embrutecido, porque se embrutece con mas facilidad el organismo místico que el organismo intelectual, á causa de su mayor delicadeza, y es un prodigio que todavía se pueda tan fácilmente pulsar este organismo y hacerle producir algunos sonos, cuando se conoce al hombre y la voz imperiosa de sus pasiones. Es forzoso que la bondad de Dios sea bien grande sobre él, ó que su organismo religioso haya sido divinamente templado y reparado.

Añado como consecuencia de lo que precede, que siendo el hombre un animal religioso, la religion es necesariamente verdadera. Porque ¿cómo quereis que nuestra naturaleza sea falsa? Ni un organismo es falso, ni un poder es falso, aun cuando estén expuestos á ser falseados. Todo lo que existe independientemente de nosotros es verdadero; y así como el poder eléctrico es verdadero, porque hay fenómenos eléctricos, el poder místico es tambien verdadero, porque hay fenómenos místicos; y como el organismo físico y el organismo racional son verdaderos, porque hay fenómenos físicos y racionales, así el organismo místico es verdadero por las mismas causas. Estas consecuencias son manifiestas. ¿Cómo se trata de eludir las? Eso es lo que vamos á ver ahora.

Bien concebís el apuro de nuestros adversarios. Si yo hubiese

recogido en la cima de los Alpes alguna gota de agua que contuviera propiedades desconocidas, y la trajera al seno de nuestras sociedades científicas, se conmoviera toda la Europa; pondría aquella gota bajo llave, y se nombrarían comisiones que se reunieran por espacio de muchos meses; se encontrarían en la calle unos á otros diciéndose: ¿Sabeis lo que hay? ¿Qué? Ha llegado á la Academia una gota de agua de la cual nunca había oído hablar nadie. Y tendrían razon, Señores, porque una simple gota de agua es una maravilla divina, y no son bastantes para examinarla todos los príncipes de la ciencia. Es una criatura de Dios, que habla de Dios, que enseña alguna cosa de Dios. Y por eso cuando hablo de los sabios que se reunirían para semejante objeto, no lo digo en tono de burla; la Escritura no ha creído burlarse diciendo de Salomon que todo lo había examinado, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo, desde la planta mas oscura nacida entre las horadadas ruinas hasta esos árboles que habitan en los palacios de los reyes, y que muertos como se hallan, conservan una especie de inmortalidad bajo el oro y la escultura. Pero sino tengo derecho de burlarme de los sudores de la ciencia por una gota de agua, me asiste el derecho de pedir que cuando se trata de fenómenos como el de la certidumbre mística, cuando se trata de millones de criaturas que admiten una conviccion como principio de su vida, no se pase de largo sin detenerse al lado de este fenómeno. Si un fenómeno material es grande, ¿cuánto mas lo será un fenómeno humano, un fenómeno social y aun mas que social, puesto que no solo pertenece á un pueblo, sino á todos los pueblos? Tengo el derecho y el deber de pedir que se contemple con atencion, y que luego se dignen explicármelo; pero como es mas cómodo negar que explicar, se ha empezado por negar desde luego: siempre es este el primer movimiento de la incredulidad.

Pero ¿puede negarse ese gran movimiento místico que hemos señalado en la humanidad? ¿Es un hecho ó no es un hecho el fenómeno de la conviccion iliterata, transluminosa, y que excluye la duda? ¿Existen ó no existen millares de hombres que lo afirman y dicen: Me adhiero á la doctrina católica, y creo en ella, no por la fe del sabio, sino por la fe del pueblo? Dejemos las pruebas exteriores que dan de la sinceridad de su conviccion, lo cual no es de seguro una cosa pequeña, cuando se ven tantas personas que sacrifican sus convicciones á su vida. Yo digo solamente: Ved aquí un testimonio de mil ochocientos años; ved aquí, vivos y

muertos, millones de hombres que lo sienten, ó que están convencidos de que lo sienten como lo digo. ¿ Qué pensais ? ¿ qué decís de esto ?

¿ Será vuestro recurso acusarnos de mentira y de hipocresía ? ¡ Pero qué ! ¿ no habeis tenido madre cristiana, que os haya tenido en su regazo ó llevado en sus brazos, hermana cristiana, mujer ó hija cristianas ? ¿ No teneis amigos cristianos ? ¡ Qué ! ¡ nunca os ha mostrado una madre cristiana á Jesucristo en su corazon ! ¡ Nunca os ha hecho sentir la respiracion cristiana el beso de un amigo ! ¡ Nunca ha caído sobre vosotros de los labios del cristianismo una frase del alma desde hace mil ochocientos años ! No, vosotros no podeis oponernos esa razon de la hipocresía, porque esa fuera una razon parricida..... ¡ Ah ! vosotros creéis en vuestras madres, en vuestras hermanas, en vuestras mujeres, en vuestras hijas, en vuestros amigos ; vosotros creéis en sus virtudes ; los amais, los admirais, decís de ellos como el Polieuctes de Paulina: *Tienen demasiadas virtudes para que no sean sinceros.*

Contemplad solo un acto de conversion ; os conjuro á que veais á uno de esos hombres convertidos de pronto en cristianos, id en su busca, y preguntadle lo que ha pasado en el fondo de su alma. Él os dirá : He leído, he raciocinado, he querido, no he llegado ; y un día, sin que yo pueda deciros cómo, en la esquina de una calle, cerca de un hogar, no sé lo que me ha pasado, pero no he sido el mismo, he creído ; despues he leído de nuevo, he meditado, he confirmado mi fe por la razon ; pero lo que ha pasado en mí en el momento de la conviccion final, es de una naturaleza en un todo diferente de lo que ha precedido y de lo que ha seguido.

Esta es la historia de Jesucristo despues de su resurreccion. ¿ Os acordais de aquellos dos discípulos que iban á Emaus ? Jesucristo se acerca á ellos, no es por ellos conocido, y les dice : *¿ Qué pláticas son esas que tratais entre vosotros caminando, y por qué estais tristes ? — ¿ Sois por ventura tan forastero en Jerusalem,* le dijo uno de ellos, *que no sepais lo que ha pasado á Jesus Nazareno, que era un profeta poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo, y cómo le entregaron los sumos sacerdotes y nuestros príncipes á condenacion de muerte y le crucificaron ? Mas nosotros esperábamos que él era el que habia de redimir á Israel, y ahora es el tercer día que han acontecido estas cosas ; aunque tambien esta mañana mismo unas mujeres de las*

nuestras han ido á su sepulcro, y nos han espantado diciendo que habian tenido una vision de ángeles y que Jesus vivia. — ¡ Oh necios y tardos en creer ! les dijo Jesus, *pues qué, ¿ no fué menester que Cristo padeciese estas cosas y que así entrase en su gloria ?* (1). Y ved aquí que toma á Moisés, David y á Isaías, y les desenvuelve todas las profecías : sin embargo, todavía no le reconocen. Llegan á Emaus, y se pone la mesa : entonces Jesucristo deja el poder racional, hace la señal de la cruz, bendice el pan y se lo presenta para que coman ; al punto se abren sus ojos, y le reconocen : habian resistido á la fuerza racional, y sucumben á la fuerza mística.

Puesto que el fenómeno no puede ser negado, es fuerza explicarlo. ¿ Y cómo se explica ? Se nos dice : Pues bien, admitimos el fenómeno ; pero vosotros mismos convenís en que no es racional. ¿ Cómo discutir sobre una cosa acusada por sus propios defensores de no ser racional ? Decís que se opera en vosotros un fenómeno ; opérese todo lo que se quiera, es cosa que os atañe, pero eso no cae en el dominio de la razon ; eso es sencillez, debilidad de espíritu, y no puede ser objeto de discusion de ningun modo.

Aquí os señalo una de las tácticas mas profundas de la incredulidad.

Hace pocos años me vino á las manos un pequeño libro, el cual tenia por objeto exponer, sin emplear otros raciocinios, todo lo que necesita conocer y resolver un católico para poseer una certidumbre racional de la doctrina católica. Aun no habia llegado á la página vigésima, cuando se habia apoderado del espíritu una especie de deslumbramiento, y decia : Pero, Dios mio, ¿ es posible que sea menester tratar tantas cuestiones para alcanzar la certidumbre racional del cristianismo ? ¿ Dónde estribaba la habilidad de aquella táctica ? En separar dentro del misterio de la fe la fuerza racional y la fuerza mística, el ala derecha y el ala izquierda de la verdad, á fin de batirlas separadamente ; porque tomada aparte cada una de ellas, no puede resolver completamente la dificultad. Con efecto, propongamus á nuestros adversarios la fuerza racional de la doctrina, y nos dicen : Pero considerad toda la humanidad, las mujeres, los niños, los ignorantes ; ¿ cómo quereis que ellos resuelvan estas cuestiones ? Y así deducen que la inmensa mayoría no puede llegar á la certidumbre racional. Si por el contrario les proponemos la

(1) S. Lucas, cap. 24, vers. 17 y sig.

fuerza mística, nos responden: Esa es una fuerza que no es racional; cuando mas, tiene relacion con los niños, es debilidad de espíritu. De consiguiente, por un lado es mucho, y por otro poco. Así es que nosotros no aceptamos esa division de nuestras fuerzas, y decimos: Si la fe de Bossuet no es una debilidad de espíritu en Bossuet, tampoco es una debilidad de espíritu para el niño, para el jornalero, para el ignorante. Bien se me alcanza que el niño, el jornalero y el ignorante llegan á la verdad por distinto camino que Bossuet; pero eso ¿qué prueba, sino que para llegar á la verdad hay dos caminos? De suerte que, no los caminos, sino la verdad es la que decide si hay debilidad de espíritu: pues bien, esa verdad, admitida por Bossuet y consagrada por su genio, no puede ser tratada de debilidad de espíritu, y por eso solo, cualquiera que sea el camino empleado para alcanzarla, es uno fuerte por ella y con ella. ¿Qué importa que para entrar en el palacio de los reyes suba uno por la escalera principal ó por una escalera secreta? Cuando estoy en las Tullerías, cualquiera que sea el camino por donde allí haya llegado, me encuentro en la mansion de los reyes de Francia, y de consiguiente en un lugar magnífico y excelso. Haya yo llegado, pues, hombre del pueblo, á la verdad por la izquierda ó por la derecha, no me insulteis, porque la majestad total del cristianismo me cubre y me ampara. Si mi armadura personal no está visiblemente bien templada, la de mis padres y de mis hermanos se ha enrojecido con el fuego de Damasco y sabrá responderos.

No separeis, pues, Señores, lo que no debe ser separado; la fuerza racional y la fuerza mística, que son los dos arcos de una misma bóveda. Esta basilica donde os hablo, tiene un recinto interior y paredes exteriores; quien quisiera separarlas destruiria el todo; nada hay dentro allí donde nada hay fuera. No quiteis las paredes, á fin de que lo interior subsista; no quiteis lo interior, á fin de que las paredes tengan una razon para quedar en pié. Hay un cuerpo y un alma en la Iglesia; el cuerpo es la fuerza racional, el alma es la fuerza mística. El cuerpo es un cadáver sin el poder místico, y el poder místico tiene algo de fantástico y de impalpable, cuando no tiene cuerpo ó poder racional que lo manifieste y que lo pruebe. Con esto respondemos tambien á otra objecion. Se dice que todas las religiones pueden reclamar en su favor esa fuerza mística de que nos prevalemos nosotros, y preguntar: ¿No tenian fuerza mística los paganos? ¿No tienen fuerza mística las sectas cristianas? Si la fuerza mística prueba para vosotros, prueba para todos, por-

que todo el mundo está en su derecho para jactarse de ello.

Empecemos ante todo por los paganos. Aun cuando yo concediera, y lo concedo, que hubo una fuerza mística entre los paganos, ¿qué podríais deducir de esto? Sí, respiraba una fuerza mística bajo el vergonzoso velo del paganismo; los hombres habian deshonrado el culto primitivo, y le habian cubierto con ideas y prácticas monstruosas; pero en fin, puesto que querian abandonar el verdadero culto divino, por qué no destruian todo el culto? ¿Por qué el paganismo y no el nihilismo? Si la fuerza mística es una quimera, ¿qué le inclina al que quiere emanciparse de Dios á conservar de él algun vestigio? ¿Como hubiera resistido el paganismo al nihilismo? La incredulidad moderna quiere consumir una obra que no hubiera podido consumir el Briareo de la antigüedad pagana. ¡Ah! ¡vosotros creéis que llegaréis á destruir la fuerza mística en el mundo! Es como si quisierais destruir la fuerza eléctrica ó la fuerza magnética que dirige la brújula. El paganismo ha trabajado en esta obra cuanto es posible; pero en el seno mismo de sus tinieblas, como lo nota Tertuliano, en las enfermedades y en las aficciones, un pagano hablaba de Dios y exclamaba: ¡Oh Dios mio! y en las alegrías, ¡oh cuán bueno es Dios! ¡Oh pagano! dice Tertuliano, ¿quién te ha enseñado eso? ¿aprendiste acaso á hablar de ese modo en tus templos y por tus oráculos? Tu inspiracion viene de otra parte; es el testimonio de un alma naturalmente cristiana, es decir, en que la fuerza mística no ha perdido toda accion.

Lo que me falta por decir respecto del paganismo, se deducirá de lo que diré de las sectas cristianas.

Estoy en América en una grande asamblea; una mujer se levanta y dice: Hermanos míos, estoy inspirada por el Espíritu Santo. El hombre de buen juicio le responderá: Antes que yo os escuche á vos que hablais en nombre de la fuerza mística, probadme vuestra fuerza racional. Jesucristo hizo milagros para establecer la divinidad de su mision y dar una seguridad á la fuerza mística de que disponia. Haced lo mismo, y os escucharé. La cuestion de la fuerza racional debe decidirse primero que la cuestion de la fuerza mística. Así cuando los protestantes nos hablan de la interpretacion de las Escrituras por el auxilio del Espíritu Santo dada á todos individualmente, nosotros les oponemos la falta de unidad de su interpretacion individual; faltándoles la fuerza racional y necesaria de la unidad, es inútil ocuparse de lo demás, ni mas ni menos que es inútil ocuparse de un edificio al que le faltan las paredes.

Dos palabras, Señores, y concluyo. La Iglesia ha construido en el mundo, por medio de la fuerza racional y de la fuerza mística, un edificio cuya parte exterior é interior se sostienen mutuamente y responden á todas las necesidades de la humanidad. Esto es lo que S. Juan vió en su isla de Pathmos, donde estaba desterrado por la fe. Oyó en uno de sus éxtasis un gran ruido, y habiéndose vuelto vió, en medio de un aparato que describe, al Hijo del hombre con una espada de dos filos que salía de su boca. Aquella espada de dos filos es la viva imágen del doble poder sobre el que Jesucristo ha fundado su Iglesia. La espada que nos ha sido otorgada es doble; combate por un lado á los sabios y á los soberbios con la fuerza racional, y por el otro llega á los pequeños, á los ignorantes y también á los sabios con la fuerza mística. ; Sentid, Señores, sentid los golpes de esa espada, cuya empuñadura única existe en Dios, y cuya doble punta se halla en todas partes (1)!

(1) Cuando el autor habla de organismo místico adoptando, si se quiere, la opinion de Gall, no es porque admita una explicacion materialista en este punto, como suelen hacerla algunos médicos; sino porque girando sobre el principio de que el hombre es naturalmente religioso, prueba que en el cuerpo del hombre, destinado á vivir con un alma, debe haber un órgano especial, digámoslo así, que sea como el recipiente de las ideas ó impresiones religiosas. (J. G.)

SERMON DÉCIMONONO.

Del conocimiento producido en el espíritu por la doctrina católica.

Ya hemos demostrado que la doctrina católica toma posesion del entendimiento humano por una doble fuerza que produce una doble certidumbre: por la fuerza racional, que produce una certidumbre racional, es decir, una conviccion reflexiva, soberana, inmutable; y por la fuerza mística, que produce una certidumbre mística, es decir, una conviccion iliterata, transluminosa, y que excluye la duda. Una de estas fuerzas es visible, y llena el mundo con su brillo; la otra es invisible, y llena el alma de los cristianos con sus fenómenos poderosos é irresistibles. Ambas se apoyan la una en la otra: la fuerza visible se manifiesta aun á aquellos que no quieren verla, y la fuerza invisible sostiene por dentro todo este edificio, como la fuerza matemática, que es invisible, sostiene una obra exterior de arquitectura. Nada hay en el mundo que no sea á la vez visible é invisible, y cuando uno se fija en la fuerza mística se apodera al propio tiempo de la fuerza matemática. Porque, en suma, ¿quién ha visto la fuerza matemática, quién la ha tocado, quién se hace cargo de ella sino por el apoyo interior que presta á nuestras construcciones exteriores?

Es ya mucho, Señores, sostener á la humanidad con dos fuerzas, la una visible, la otra invisible; por dos certidumbres, la una racional, la otra sobreracional; y sin embargo, esto no es bastante todavía. El hombre no se adhiere á la certidumbre, sino porque se adhiere al conocimiento; la certidumbre es una simple cualidad del conocimiento. Aun cuando una certidumbre sea perfecta, puede ser de muy poca importancia, si no lleva tras sí un conocimiento dotado de grandeza. El hombre desea conocer, y por consiguiente la doctrina católica debe tomar posesion del entendimiento por un conocimiento. El conocimiento es la vista de los seres y de sus relaciones. Ver lo que es, ver los vínculos que existen entre todas las cosas que son, es conocer; y un conocimiento tiene